

ÓSCAR HAHN. *Estrellas fijas en un cielo blanco*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1989.

En este libro de Hahn aparece una única forma, el soneto. A partir de esta aparente estructura sólida, repetitiva, anacrónica, eco quizás de esa carga literaria tan acusada en Hahn por su lectura de la poesía del Siglo de Oro, el poeta abre un espacio donde el “desdichado lector” se convierte en una alternativa posible para un arte que se resiste a morir. Si bien el amor y la muerte son temáticas recurrentes en la obra de Hahn —basta mencionar los títulos más obvios de su trayectoria poética *Arte de morir* (1977), *Mal de amor* (1981) y *Flor de enamorados* (1987)— *Estrellas fijas* echa una mirada crítica hacia el ejercicio escritural. Ante la muerte a la que está condenada la escritura, no basta una serie de improperios al lenguaje en donde la voz poética decide marchar “al país de los mudos y de los sordos y de los sordomudos”, sino que habrá que rescatarla, y para ello el poeta dará ese salto amoroso hacia el pasado revitalizando los *bellos sonetos* que el tiempo ha extinguido. Hahn logra revivir imágenes del pasado al entrar en diálogo con voces renacentistas, místicas o barrocas que se imprimen en sus textos, pero sale de ellas creando un escenario totalmente contemporáneo. Los sonetos en verso libre pueden “leerse” como una parodia a la tradición o como una apropiación híbrida de una forma pasada para aquellos lectores que miran con ojos “post ...”, pero el campo de atracción que ejercen las estrellas fijas es innegable. El poeta demuestra en *Estrellas fijas* que los signos siempre se revitalizan “sea por vista o por astrología”, porque aunque se derrumben viejas estructuras o se renueven viejas murallas, cada lector con cada lectura dará una nueva significación al soneto. Hahn incita a la reflexión no de estéticas muertas sino a la reflexión entre los textos mismos, creando un espacio “proyectado desde dentro”. Esta imagen que aparece en “Ningún lugar está aquí o está ahí”, en *Mal de amor*, vuelve a insertarse en las estrellas fijas al concederles esa capacidad de “irradiar su propia luz de dentro” en el cielo blanco de la página. En ese microcosmos del soneto quebrado en su interior por sus inexistentes catorce cifras, y a pesar del irónico poder astrológico, persisten en el cielo blanco:

Y sin embargo las estrellas fijas
a veces bienhechoras o malignas
siempre de harta energía están cargadas

Y aunque hace miles de años extinguidas
su fulgor todavía nos alcanza
sea por vista o por astrología (11)

Entre muerte-vida, tradición-oralidad, existe un movimiento perpetuo donde se entrecruzan textos, se retoman sonetos (“Gladiolos junto al mar” [29], “Agua geométrica” [37], “Cafiche de la muerte” [41], “La caída” [45], “Movimiento perpetuo” [57], “A una lavandera de Santiago” [61], “O púrpura nevada o nieve roja” [65], “Ciudad en llamas” [77] ya habían sido publicados en *Arte de morir*, 1977) y se sigue reflexionando sobre el arte de escribir desde una voz poética más despojada de ciertos “sortilegios” estéticos.

Hay algunos sonetos que traslucen esta reflexión poética a modo de pregunta. En “¿Por qué escribe usted” (54) saltan a la vista nombres que nos conectan directamente con

la poesía de Hahn, pero estos nombres que nos comunican un lenguaje conocido y que giran dentro del soneto, dentro de la estética anunciada en *Estrellas fijas*, están precedidos por nexos causales entrelazándose sin otra puntuación que los dos puntos y sin otra respuesta que la repetición de aquellas constantes literarias y extraliterarias presentes en el poema:

Porque el fantasma porque ayer porque hoy:
 porque mañana porque sí porque no
 Porque el principio porque la bestia porque el fin:
 porque la bomba porque el medio porque el jardín

Porque góngora porque la tierra porque el sol:
 porque san juan porque la luna porque rimbaud
 Porque el claro porque la sangre porque el papel
 porque la carne porque la tinta porque la piel

Porque la noche porque me odio porque la luz:
 porque el infierno porque el cielo porque tú
 Porque casi porque nada porque la sed:

porque el amor porque el grito porque no sé
 Porque la muerte porque apenas porque más:
 porque algún día porque todos porque quizás

Esta autorreflexión del oficio se extiende en “Figura sentada con las manos en la barbilla” (17), “Soneto manco” (49), “Descendiente de cuervo o gallinazo” (73), pero también va más allá de ella en “Lee Señor mis versos defectuosos” (15) y el último soneto “Reloj de arena” (91). En estos dos sonetos parece que la voz poética busca de un modo más palpable “des-ensimismarse”. Apela como humilde criatura mística a un “Señor” traspolado del contexto medieval a una instancia humana significativa: la lectura. Con ella se comunica el poeta, y le recuerda al lector que con ella comparten la extinción de las *Estrellas fijas en un cielo blanco*.